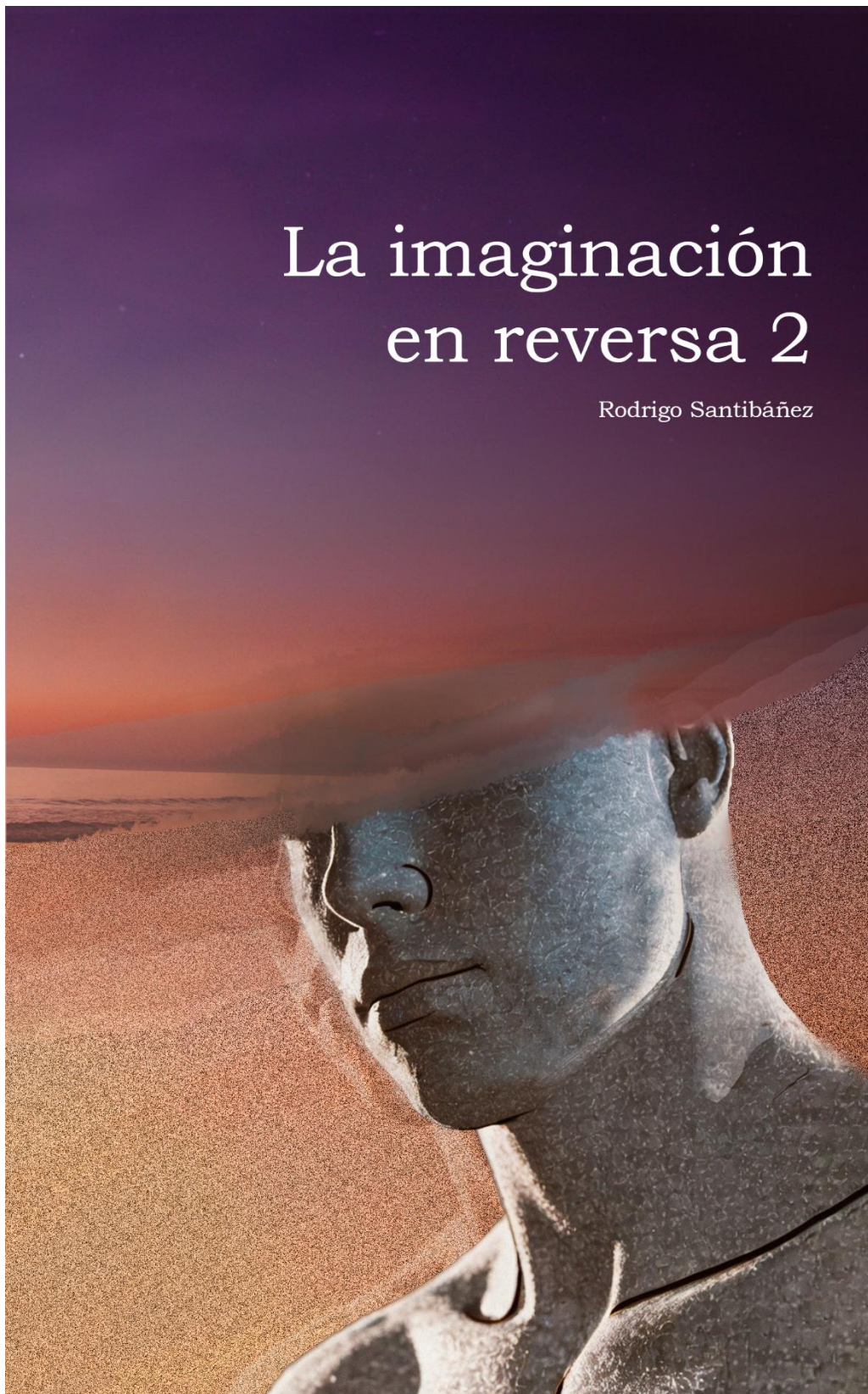


La imaginación en reversa 2

Rodrigo Santibáñez



La imaginación en reversa 2

"La imaginación en reversa 2" es un libro compilatorio de textos escritos en verso y prosa libre, juntando poemas y microrrelatos creados entre 2021 y agosto de 2024.

1RA EDICIÓN (AGOSTO 2024)

© Rodrigo Santibáñez del Valle

Índice

Polaroid	Pág. 1
Riviera paraíso	Pág. 14
Subterfugio	Pág. 16
Greenpeace	Pág. 18
Espía Italiano	Pág. 20
Desayuno de campeones	Pág. 22
La vie en rose	Pág. 24
En la barrera del no riesgo	Pág. 28
De camino, un cruce	Pág. 30
Retazo	Pág. 31
Las dunas de espuma en el té	Pág. 33
Licor	Pág. 34
Me doy un par de licencias	Pág. 35
XD	Pág. 36
Testamento	Pág. 37
Parca	Pág. 38
Boo	Pág. 40
Sanatorio	Pág. 42
El relojero	Pág. 43
Puer Aeternus	Pág. 45

De paso Pág. 47

De blanco Pág. 48

La de amor que me faltaba Pág. 50

Polaroid

Me escapé, apenas comenzó el calor de tarde tomé las llaves y partí a buscarlos, vivían de camino, para mi suerte, porque el combustible escaseaba y solo tenía para un viaje de ida. En casa las cosas no salieron bien, no soporté que me trataran de esa forma, las preguntas de mis padres se tornaban cada vez más extrañas y específicas, preguntando si había hecho nuevos amigos y por qué se llamaban exactamente igual que los de antes. Con la preocupación teatral e histriónica de alguien que está en absorta pena, me miraban al borde de las lágrimas para decirme que todo estaba bien, que lo peor había pasado y me querían de vuelta, me cansé de apartar sus intentos de abrazos y desconocer sus intenciones, quise despejarme de su guardia y consternación, por eso hui.

Llegué al barrio de mis amigos, sin previo aviso, y con tan solo el ruido del motor sabían de quién se trataba. Vivían en la misma calle desde los cinco años, en las villas tranquilas y cercanas al suburbio costero, yo era parte de esa definición hasta que hace unos meses me mudé repentinamente, decisión justificada de mis padres en que eso me ayudaría a crear nuevas memorias, como si tuviera algo que olvidar.

Aparecieron a la par, coordinados por cada ventanilla, deseosos por escuchar cuál era mi plan, entre la espera de mis palabras podía percibir como chirriaban sus espaldas por el azote del sol, les ofrecí una visita a la playa, que su sudor aceptó antes que ellos pudieran decir que sí. Esperé que se alistarán bajo la sombra de un árbol, con el asiento reclinado noté como el vecindario tenía un aura triste, inquietante como nunca lo vi, como si la penumbra de las hojas que me cubrían se agigantase y contagiaran de luto los colores pasteles de las paredes. Ahora los rayos del sol rendían sus condolencias a las luces de las velas en las veredas, que puestas en fila por la misma cuneta que me había estacionado, se iban incendiando desde el fondo de la calle hasta mi ubicación.

Separadas por lo justo, rebosaban su llamarada perenne pero tenue, como rememorando alguna tragedia, hasta que de a poco, cada una empezó a traspasar con más fuerza un mensaje: Que la del costado, ardiera cada vez más.

Como una arenga de aliento transmitido entre ellas, iban progresivamente ganando más altura según se iban acercando a mí, distraído, me tuve que haber aparcado encima de al menos dos, ahora se comunicaban más velozmente, las flamas habían alcanzado el metro de alto y solo quedaban dos para llegar aquí, sin darme cuenta, mi mano forcejeó furiosa la puerta del auto que se negaba a dejarme salir y el pánico acrecentó cuando apareció el fuego prominente de la penúltima vela, aquella comenzó a quemar las ramas indefensas del árbol que, en su momento, me dio un escudo ante el calor. Intenté escapar por la puerta del copiloto que inventó un sonido de click y amagó su apertura, cerrándose de inmediato y sellándose al vacío, como si una fuerza externa me quisiera ver arder, aquella desesperación solo avivó la última vela, alimentada por un napalm subterráneo que venía a anunciar lo que estaba próximo a pasar. Ante mi inexorable destino, con agua cayendo de mis sienes y sin conciencia de porqué pasó, atiné a pedir perdón.

Sentí el fuego en el ambiente, pero no sobre mí, tenía las ventanillas arriba y la sombra del árbol se mudó más adelante. Un golpe seco en la puerta me devolvió a la realidad, a su vez la empatía, por contemplar obnubilado lo rojo de la piel en mis amigos y su cara de incredulidad por quedarme dormido tan pesadamente, como si no lo hubiese hecho nunca.

Lio fue al primero que conocí de los dos, un joven reacio y misterioso, que, en realidad, no ocultaba nada, solo era como le nacía ser. Tenemos el mismo sentido del humor desatado por las acciones ridículas que el mundo nos presenta de vez en cuando, aparentemente desapercibidas por los demás. Alex era el mayor de los tres por unos cuantos meses, pero eso no lo exime de los chistes de veterano, tiene cierto semblante más serio que cualquiera de mis

conocidos, pero solo se queda en apariencia, tiene una rapidez y labia, que le ayuda a disminuir las consecuencias de sus torpes resoluciones.

Conversamos en el auto de camino a la autopista, les expliqué las razones que me llevaron hasta aquí y confluyeron en mis mismas conclusiones: mis padres tenían demencia. No se quisieron quedar en eso y trataron de darme recomendaciones, que era el modo que tenían de demostrar su preocupación, pero sentí que era demasiado involucramiento en algo personal así que desvié el tema.

Nos abastecimos en una tienda al paso, al subir al auto pedí las cervezas e imperante di la orden de consumo, lo dije con tanta vehemencia que nadie hizo reparos y las latas dispararon al unísono un destape y rebosamiento que manchó todos los asientos por igual. Apenas quité el aluminio de mi boca sentí una quemazón en la garganta y un calor impropio.

- ¿No se fijaron en la marca cuando las compraron? - Pregunté decepcionado
- Es la misma de siempre, pero le cambiaron la fórmula o algo, tiene más grados de alcohol y costaba lo mismo, mayor eficiencia - respondió efusivo Lio.

Pensé que iba a ser solo una, pero al llegar a la carretera el atochamiento convirtió kilómetros de pavimento en un sauna masivo. Cada nuevo motor en marcha sucumbía derrotado ante la esperanza de moverse prontamente y no quedó nada más que resignarse a la espera. Reposado sobre mi asiento de cuero mi cuerpo se fundía y cada diez minutos sentía la necesidad de levantarme, despegándome como una calcomanía.

El alcohol soltó las lenguas y desempolvó los recuerdos de cuando nos veíamos a diario, de lo que apostamos ser en un futuro, el mismo que se convirtió en estos días y ninguno sabía explicar cómo fallamos por tanto. Repasamos los recreos, las tardes y las visitas después de clases, en que hilábamos narraciones que terminaban en un cuaderno comunitario, como también los viajes de

verano a la playa, que desde los dieciocho comenzamos a realizar, cuando de los tres solo yo logré aprobar la prueba para obtener la licencia de conducir.

Llegamos inevitablemente a la anécdota favorita de Lio, el primer paseo infame a la costa. En ese momento Alex acababa de heredar una cámara instantánea, la cual le fue entregada como reliquia familiar con la promesa de ser cuidada con el alma, un voto de fe roto apenas la trajo consigo a uno de estos viajes, enfrentándola a todos nuestros malos manejos. Fue una semana que decidimos quedarnos en alguna estancia costera por un par de días, en el centro de la ciudad, para avivar la euforia juvenil que tan atorada estaba en cada uno de nosotros y nos condujo a seguir los ilusorios planes que Alex siempre ha presentado.

- Hay un bar un poco más allá, a dos cuadras de la playa, el que quiera aprender cómo se hace que me acompañe. No quiero ver a ninguno de los tres volver solo, ¿Me escucharon? Sobre todo tú Lio, tienes tus herramientas y ya te di todos los consejos posibles. - dijo Alex.

- Rogar no es una herramienta... y me dijiste que saque un encendedor hasta que alguien me pida fuego, y yo no fumo, tampoco me gustan las fumadoras.

- Bueno, tus exigencias no son mi problema... y tú Demian, ¿me sigues?

- Yo ya los he visto así, sé cómo termina. Voy a bajar a la playa mientras haya sol, los veo allá - les dije.

- Ah dale, lo que me faltaba, un desertor - dijo Alex decepcionado.

- No dije que no lo iba a intentar - respondí mientras me alejaba, caminando en dirección al mar.

La vida festiva se desarrollaba cerca de la costanera, por lo que no estábamos lejos entre sí, pero el ruido de las olas aplacaba el bullicio efervescente, que subía cuando el sol bajaba. Yo no mentí cuando les dije que lo intentaría, sin embargo, las luces de las 6 de la tarde y la arena tibia disipan la energía de

cualquier efusivo y la lleva a lados más melancólicos, los cuáles me hicieron palpar una piel que no estaba y extrañar una extensión de mí que fue, por un tiempo, mujer. Soñé en su momento invitarla a esta misma playa, no obstante, las palabras se desdibujaron y terminaron formando en vez de invitaciones, despedidas. Me fascina la facilidad que tiene la mente para desempañar caras en los momentos más contraproducentes, a su vez reformulando un cuerpo que estira su mano y con la misma gracia que me enamoró, me invita a cruzar el punto de no retorno y yo estirando mis fríos dedos le correspondo la intención, acción que fue brutalmente coartada por una risa que excedía las paredes de mi imaginación, era Lío con su carcajada estrepitosa, corriendo hacia mí con la Polaroid colgada al cuello y unas imágenes en la mano. Impulsado con el peso de su cuerpo hacia adelante y trastabillando con la arena, llegó hasta donde estaba y ya ralentizado y con el último aliento de burla que le quedaba estiró su brazo y me entregó unas fotos.

- Que no las vea - dijo mientras sucumbía en la arena.

Con el ojo preciso de quién acecha el fotograma y la suerte de la ocurrencia imprevista, Lio captó una secuencia, que inicia con un Alex y su (relativa) sonrisa seductora, frente a una chica rubia que no dejaba ver su rostro en cámara, seguido de una segunda imagen, donde se le ve excedido de confianza y abalanzado hacia la mujer de la foto previa, quién con una clara pretensión de esquivar las intenciones de mi pobre amigo se reclinaba hacia atrás en su taburete, para rematar en una tercera instantánea, donde a Alex se le ve desfigurar su rostro en una expresión de miedo y sorpresa de la manera más irrisoria posible, ante el robusto brazo de otro hombre, empujándolo del asiento en el que se encontraba, mientras Alex apuntaba un encendedor que tenía en una de sus manos en forma de excusa.

Mi cuerpo estaba recién formulando los espasmos que preceden a la risotada, cuando una fuerza bruta dispersa todas las fotos de mis manos, dejándolas caer en la arena, de inmediato, una persecución enajenada se desarrolla en

frente de mí, mientras yo liberado de cualquier presión disfrutaba la facilidad que tenía Lio para inventar regates y salirse con la suya.

- Te pedí... que la sostuvieras... no permiso... para usarla - Gritaba Alex entre bocanadas.

En algún momento, entre las explosiones de arena que saltaban a cada pisoteada de los dos, una fisura se abrió entre ellas y vi la cámara volar hacia mí, en una parábola tan pronunciada que se escapó por arriba de mi cabeza, resbalando entre mis falanges descoordinadas, y, como un portero amateur, solo pude desviar su rumbo. Presumí lo peor, aunque no escuché el plástico resquebrajarse, solo el aterrizaje apagado, por ello me dispuse a encontrarla antes que Alex viera el posible desastre y lo sacara fuera de sus cabales, pero la cámara ya no estaba.

Las luces azules anunciaban que el atardecer ya fue, pero no hace tanto como para que los faroles encendieran, los tres absortos por la situación callamos un momento e hicimos nuestra búsqueda en silencio, tanteando las minúsculas piedras que formaban este albero y tamizaban las conchas y colillas de cigarros. Ante aquel suceso las recriminaciones se hicieron ver con solo miradas y el enfado en Alex se le hizo notorio, pero en su escueto repertorio de manejo emocional, prefirió batallar con Lio una vez más, como un niño exiliado de razón, por lo que en mi sentido más conciliador intervine y me posicioné en medio, para volver a poner en ruta el objetivo, antes que la irrevocable noche apagara por completo las posibilidades de dar con la bendita antigüedad, cuando de reojo, veo una figura erguida frente a nosotros, inmiscuida, con la mirada puesta en el visor de una familiar cámara fotográfica, apuntando hacia nosotros esperando que nos diéramos cuenta de su presencia. El impacto de aquella mujer nos cautivó a los tres al mismo tiempo y fue la señal que activó su dedo y capturó para siempre nuestras tres siluetas, con nuestros rasgos apenas visibles, a pocos metros de la orilla del mar.

Como parte de una fantasía colectiva, la mujer en un acto inverosímil, luego de inmortalizar la foto, puso la Polaroid en la arena para salir corriendo tras la nada sin mediar una sola palabra hacia nosotros. Debimos rememorarle un acto circense, o algo por el estilo, sino no sé qué provocó en ella la necesidad del registro. No se llevó la foto, quedó en proceso de exposición en la ranura dispuesta. Alex la levantó de la correa y quitó la instantánea, agitándola en el aire para distribuir los químicos en la película, entregándonos una postal para toda la vida.

Nos quedamos conversando frente al mar, ya olvidados de toda pugna, fantaseando explicaciones de lo que acaba de pasar, para luego divagar en profundidades filosóficas de nuestras vidas y terminar rememorando anécdotas pasadas, conversaciones propias que se dan únicamente a cielo oscuro, porque la noche que acechó su ataque finalmente se presentó y trajo consigo el frío avasallante, propio de la brisa de costa. Decidimos que ya era hora de volver y de camino al auto tropezamos con las fotos que sacó Lio, furtivo, y que ya a esta altura, Alex se tomó con humor.

- Esperen aquí - dijo repentinamente Alex - dame las llaves -.

Se las entregué con un lanzamiento de lejos, apenas lo hice se me desató un deja-vú y visualicé la búsqueda desesperada, por suerte, las agarró en un movimiento seco y certero. Volvió con un compacto baúl de madera, donde le fue entregada la cámara en su cumpleaños, junto con mi chaqueta, que recibí orgulloso por ser el único que anticipó el gélido clima marino.

- Demian, pon las fotos acá.

- ¿Para qué? - pregunté.

- A ustedes dos la nostalgia los ataca muy rápido, sobre todo a ti, no quiero que abusen de los recuerdos como dos viejos que no pueden crear cosas nuevas, aparte, mira cómo me veo, no voy a poner eso en un álbum familiar y si no lo hago se van a perder.

- Volvamos a ellas cada... dos años, no sé. Vivamos entre medio y vamos sumando fotos cada vez que la saquemos.

Posiblemente, lo dijo para no tener que ver su secuencia vergonzosa, pero entre un leve titubeo admitimos que no era una mala idea.

Posterior a aquello, comenzó a crear una abertura con los pies en la arena, luego con sus manos y cuando terminó de crear profundidad, posó el pequeño cofre ornamentado y lo cubrió con la húmeda tierra sellante, se puso de pie y volvimos a emprender el camino a casa.

- "A veintidós pasos del estacionamiento, frente al último poste de la calle y el grafiti".

- Lo repetimos como mantra todo el viaje de vuelta - dijo Lio, incorporándose en el asiento de atrás - se me olvidó al otro día.

- Es la tercera vez que la vamos a desenterrar ¿no? – dije, pero nadie respondió.

- Ojalá no nos haya visto alguien o se la haya llevado... la marea – agregué para animar alguna contestación.

Alex coartó una respuesta, porque se le esfumó la seguridad de que fuera algo imposible, así que reformuló la conversación.

- No he cambiado el cartucho, creo que solo se puede tomar una foto más.

Repentinamente nuestra vista fue dirigida hacia el frente, al escuchar el rugido de los motores saliendo de su hibernación. Vimos después de tanto tiempo el avance de los autos que tapaban el horizonte y como venas revitalizadas, las autopistas sintieron nuevamente el flujo peregrino.

Al girar la llave y cambiar de marcha sentí las jugarretas del alcohol crear duplicados de los vehículos, que con un firme agite alineé nuevamente en una figura, no obstante, la inhibición de mis buenas ideas me dejó solo elucubrando

una estúpida broma. Como un acto divertido, comencé a avanzar sin poner mis manos al volante, viendo con la sonrisa maniaca a Alex que iba de copiloto.

- ¿Qué haces? - preguntó, con la expresión risueña de un borracho.

No le dije nada y seguí avanzando, respirando hondo para mantenerme inexpresivo y acelerando cada vez más rápido.

- ¿Qué haces, idiota? La dirección se te va a girar - dijo borrando sus expresiones de gracia.

Continué haciendo caso omiso de sus advertencias, como un actor devorado por el personaje empujé los límites unos segundos más, mientras pasaba a cuarta marcha. Sus ojos ya no se posaban en mí si no en la carretera y sentía la adrenalina en su punto más alto de ebullición.

- ¿Te hace gracia esto? Frena, frena ahora, ¡para de acelerar! - dijo Alex con movimientos de miedo en su cuerpo.

Yo mantenía mi postura aún, tan sobregirada que podía ver la cara de los dos, encogiéndose de terror hasta que sincronizados quitaron la mirada del camino y la posaron sobre mí, soltando sus músculos en tensión, dejando solamente un rostro inanimado, como quién acepta el fin y se entrega, con una palidez de fenecido que puso cada punto de mi piel en un exagerado escalofrío, sanándome de toda embriaguez y poniendo como imán mis manos de vuelta al volante. No había ni tiempo de mirar, así que giré el manubrio hacia la izquierda y pedí perdón nuevamente al cielo, esta vez sabiendo por qué.

Un impacto estruendoso y retumbante movió todo lo que me constituye como ser, llevando mi histeria al punto máximo. Sorpresa absorta fue para mí darme cuenta que todo seguía en una pieza y que mi pie seguía pisando el acelerador. El espejo retrovisor había caído mutilado en el pavimento y el sádico camión que lo cortó dejó su firma estridente en la puerta derecha de mi vehículo, aun así, el sonido que escuché no se condecía con el milagro que estaba viviendo.

Por fin mi pie pasó a ser de helio y levantó su peso del pedal, sin embargo, todos a nuestro alrededor parecieron ignorar el accidente, adelantándome a una velocidad atemorizante, y que me hizo concluir que era muy peligroso detenernos aquí, por ello seguí camino, aunque yendo al ritmo de quién aún no le vuelve el alma al cuerpo.

Podía ver el océano extenderse en todo su esplendor desde esta posición, lo que me indicaba que era hora de entrar por uno de los desvíos. Llegando en lentitud a otro atasco en los caminos interiores pude recién recobrar el aliento y revisar las caras de mis pasajeros; incontrolable fue mi exhalación de alivio al ver sano y salvo a Alex, con el impacto aún visible en su rostro, y antes de formularle mis disculpas busqué por el retrovisor a Lio, que para mi sorpresa no estaba a la vista, ante tal impacto giré mi cuello, aún adolorido por el azote, solo para verlo erguido detrás de mi asiento.

- ¡Yo sé! Soy un imbécil, pero no me asustes así, cambiándote de lugar - dije alterado.

- Demian, ¿por qué?

- No lo sé, no debí beber nada, no debí... lo siento, no quería...

-Están avanzando - Dijo Alex, en minúscula y tremulosa voz.

Con la mirada atenta, siguió mis movimientos para asegurarse que esta vez mis manos fueran donde debían estar.

No sabía qué decir, no encontraba la manera de distender este ambiente áspero en el que, con justa razón, me vi envuelto. Seguí por la avenida principal, evitando el contacto visual por mera vergüenza, pero al no tener mi espejo retrovisor derecho tenía que girarme hacia ellos para cambiar de pista. Lio no mostraba resquemores en sus facciones, pero nunca se podía adivinar en lo que estaba pensando, llegando a la calle que daba a la playa, por fin se dignó a hablar.

- ¿Alex, estás seguro que solo te queda una en el cartucho? - dijo Lio.
- ¿Por qué preguntas eso ahora? – contestó ofuscado.
- No recuerdo habernos sacado ninguna la última vez y tengo la sensación de que perdimos una.
- Quizá en la playa cuando Alex las botó de mi mano ¿no? - respondí rápidamente.
- Quizá la tomó mi hermana pequeña o yo qué sé, pero ¿qué importa? Una basta...

Quedó un silencio suelto entre los tres y yo estaba seguro de que era el momento de las recriminaciones por el accidente, pero como si nada Alex tomó otro rumbo.

- ¿Te acuerdas de cuando...?

Mientras Alex elaboraba sus memorias, el chillido del choque se acrecentaba en mi cabeza, dándole vueltas como un obsesionado a la idea de que todo pudo haber terminado en el acto, cuando traté de volver a poner atención, sentí que las palabras de los dos se fusionaban en un balbuceo inentendible, cada ciertas oraciones podía rescatar un verbo, no así lo suficiente para tener un contexto de la conversación, pero sonreí aliviado al notar que la tensión se iba desvaneciendo de mi espalda y podía disfrutar lo que quedaba de día.

Llegamos al lugar, con las últimas luces doblando el horizonte curvo y el esplendor todavía intacto, avanzamos por las huellas que dejaban los veraneantes que habían tenido suficiente por hoy.

Me gusta la homogeneidad del paisaje y como los patrones de los roqueríos y los edificios se replicaban en todas las playas que he visitado, aunque ésta tiene algo especial, parte de mi vida se queda aquí cada vez que la visito y me vuelvo a reencontrar con aquello apenas conecto mis pies con la cálida tierra.

Dejé que caminaran por delante de mí, me alegré genuinamente de contar con ellos, nos hemos visto crecer y fallar en simultáneo y hoy me toca principalmente a mí, pero me recompone su bondad, comprensión y el simple hecho de poder tenerlos de apoyo. Aún no recobro bien el sentido de la audición porque cuando me acerco a los dos sigo escuchando sus frases entrecortadas. Me abro paso cuando llego hasta ellos, con un leve empujón de hombros me genero un espacio en medio, justo en el momento en que contamos veintidós.

Ya no tan rudimentarios, trajimos una pala de jardín y me dejaron a mí hacer los honores, cavé cuidadosamente hasta que el choque del metal con la madera dio la señal inequívoca del tesoro, no me quedó más que retirar la arena fría que estorbaba en mi agarre y subir sin mayor esfuerzo la pequeña caja. Cuando levanté mi vista esperaba la de ellos de vuelta, en cambio, sus ojos apuntaban atónitos ante la figura de una mujer que iba pasando más atrás, distraída, sin dar mayor interés a nuestras acciones, pero que se veía exactamente igual a aquella que nos inmortalizó una primera vez. Con la decisión ya tomada por una superstición, supe que ella era la candidata correcta para tomar la última foto del cartucho. Corrí para interrumpir su caminata recta y le pedí si nos podía sacar una foto, ella aceptó, un poco sorprendida y con cierta incertidumbre de haber escuchado correctamente lo que dije. Fui a buscar la cámara que se quedó en el auto, a pocos metros de donde estábamos y aproveché de cubrirme con mi chaqueta designada, para aplacar el frío pronto a aparecer. Le alcancé la Polaroid y corrí a ponerme en posición, estiré mis brazos y rodeé con ellos los hombros de mis viejos amigos, que con inesperada seriedad se miraron entre ellos y cedieron por mirar hacia allá, levanté el pulgar para darle la indicación, sonreí, inflé mi pecho y paré mi respiración justo antes de escuchar el click de su dedo al apretar.

Alegre, fui en búsqueda de la capturadora, a paso en calma y plenitud, como si fuera parte de una historia correcta que tenía que suceder, mi espalda

erguida e implacable se empezó ligeramente a encorvar, como si la paz ahora fuera la que me pesara, a cada paso el sol se iba poniendo más y unas nubes negras iban cubriendo raudas el extenso firmamento, dejando un par de recovecos tenues en arrebol. Antes que llegase hasta ella, la mujer decidió bajar la cámara y reposarla en una piedra cercana a su lugar, para velozmente alejarse errática y sin palabra.

Se me atoró un gracias en la garganta, que, de paso, la logró anudar, al retirar la instantánea y ver a mis dos brazos lánguidos reposando sobre nada más que el aire, el horizonte y la soledad.

Hace dos años que no están, y los extraño más que nunca, abrí el baúl y puse allí la foto faltante, la de nuestras tres siluetas, que guardé en mi chaqueta aquel día y nunca pude soltar. Abracé aquella caja un par de horas, quieto y mudo, viendo las olas venir y regresar, dejando que el viento meza el tiempo e imperceptible intercambie el atardecer por la noche. Ya va siendo hora cumplida y he decidido cavar otro lugar, en la penumbra nocturna y sin referencia, hice un espacio en el vasto vacío, tomé aquella caja, guardé la cámara dentro y bajo mis repentinas lágrimas logré hacer las paces, al pedir perdón por última vez.

Riviera paraíso

Ya voy de camino,
Espero verte allá,
Donde todos los destinos terminan.
Me gustaría quedarme más,
Pero es mentira.

Todos los retratos que te pinté en palabras,
Fueron entrenamiento ante San Pedro,
Por si terco,
No me deja entrar a esta nueva zona,
Le tendré que explicar la situación,
Haré una breve descripción de tu persona.

Así comprenda la gravedad del asunto,
Y ceda el paso, aunque sea unas horas,
Al edén suntuoso, cielo,
Seré cristiano devoto, por ahora.

Pensaré en ti cuando llegue a la rívera,
Y tu nombre tropiece por mi boca,
Algunas letras transmuten,
E inequívocas, pregunte a las rocas,
Si te han visto pasar por aquí.

Nunca había sentido una paz así,
Esperaré en calma, serena eterna,
Bajo un pino seco,
El cielo arrebolado, quieto,
Y la rívera paraíso a pasos de mí.

Subterfugio

¿Cómo te lo explico en dos palabras?

¿Cómo salgo adelante después de todo?

¿Cuál es la combinación perfecta?

La permutación exacta que me permita un modo,

De volver a estar a mano,

En paz y confianza como la de algunos años.

La forma precisa de que entiendas,

Todo por lo que he pasado,

Las razones por las que no estoy a tu lado,

Y puede que algo más.

Pero a esta altura es letanía,

Una lista de razones que nadie quiere escuchar,

Un estorbo en tus nuevas vías,

Sucesos irrelevantes ante la novedad.

El pasado se sabe incómodo,
Se relame a sí mismo, agrio,
Me tendré que quedar con mis resabios,
Discutirlo eternamente,
Con mi techo y el compás.

Greenpeace

Llevo décadas reciclando pensamientos,
Y Greenpeace aún no me da mi premio,
Una felicitación hecha a mano,
En un papel telar.

Alguna alfombra verde estelar,
Un hippie diciéndome hermano,
La portada más grande del nuevo milenio,
El sentimiento del ego quiere figurar.

¿Cómo no se me va a reconocer?
Por esta quietud austera,
Una huelga de hambre sin petitorio,
El ínfimo esfuerzo en respirar.

Minimizando mi huella de carbono,
Planeando ser abono en un futuro terminal,
Reutilizando el plástico en mi careta,
Y en la etiqueta de mi abrigo no animal.

La veleta de mi barco es reutilizado poliéster,
Seré el mártir que aboga por el bienestar,
Únete a mi cruzada, no a Thunberg,
Bienvenido al sostenible malestar.

Espía italiano

Me gustaría fumar,
para que combine,
Con la estética triste,
Y luzca a una escena de cine.

Un espía de los 50',
Tomando un Martini,
Italiano en Navarra,
In fuga dai tori.

Viviendo sin miedo,
Memento mori,
Sin mis secuaces,
Trabajando en soli-

Tario Francisco,
Mirando angustiado,
Desde el castillo, en adarve,
Lo vasto de todo y que poco su alarde.

Mi trajecito planchado,

A medida cocido,

La solapa ensanchada,

Por mis latidos salidos.

Se ponen intensos,

Recordando el pasado,

Pensando en el tiempo disperso,

Y mi destino atrasado.

Vaya, que angustia mi vida,

Filmen mi tono sombreado,

A contraluz de la luna,

Un reflejo del yo contrariado.

Desayuno de campeones

Con el cigarro en la boca me dice que no fume,
Mucho perfume de tabaco se traba en sus pulmones,
Entre la tos que choca con su propia nube, sube.

Sube un insulto al aire y luego cae sobre mí,
Como si fuera mi culpa,
Siendo que los dos estamos aquí,
Atascados en un sin sentido,
Parecido, pero no igual.

Con mi vaho tibio lo imito,
Simulo ser chimenea,
Buscando calma que en parte encuentro,
Pero no es lo que necesito,
Me sorprende taciturno, justo ahora,
Que el pecho pide ser palabra y no vapor.

Y doy mi bocanada de aliento,
Pero solo llevo humo adentro,
La arcada encaja con mi cuerpo,
Y luego de un escupo la hago salir.

¿Qué estamos haciendo mal?
Por fin pregunto,
"No vivir en el momento",
"Perdimos la paz en un intento",
"De esa no se vuelve nunca",
No, no se vuelve jamás.

La mejor crítica siempre viene de un amigo,
A veces no es algo que quiera escuchar,
Le quito el cigarrillo,
Desde la resina en sus colmillos, sin aviso,
Le boto la colilla al piso.
Otro lunes, dale, hay que continuar.

La vie en rose

El plato austero me mira con humildad, diciéndome "esto es lo que soy, lo suficiente para que no te mueras de hambre", una sopa que como con tenedor para disfrutarla por más tiempo y que, aun así, veo desaparecer en un par de minutos. Los vidrios congelados y el vapor de la olla ayudan a ocultar esta miseria del mundo exterior, pero aquello no me importa, yo tengo un hogar en su huella mientras mantengan la bota en el suelo. Al parecer no soy hombre honrado porque no tengo dinero en mis arcas y, por consiguiente, no puedo cubrir las mismas necesidades que todos tenemos, eso me ha hecho hacer cosas feas, que preferí olvidar bebiendo. Soy más amigo de lo ajeno que el resto, bajo mi punto de vista, simplemente es una vuelta de manos. Me muevo sigiloso entre los transeúntes e inspecciono de más, las billeteras son mis souvenirs y si me siento elaborativo, tomo puestos de trabajo que nunca se me han asignado, fácilmente mimetizado con un delantal y una bandeja he recibido mi justa propina que alcanza para vivir un día más.

En su tiempo fue Columbia, otro periodo en Nueva York, hoy es París que me alberga, escudriñado de la ventisca en el ático de una residencia de hace cinco siglos, con el moho como frazada y una pequeña ventana redonda desde donde se ve la torre Eiffel. Escuché que el amor se encuentra por aquí y es el único lugar en donde no he buscado. Yo lo tuve en su momento, pero quién va a querer quedarse al lado de un inmoral, la vida nunca la arrolló como cuando estuvo conmigo, me alegra que se haya alejado a tiempo, antes de verme así.

Hoy es año nuevo y guardé un vino para la ocasión, robado tan rápido que la carga de conciencia aún no me alcanza. Que difícil se vuelve ver la botella ahí en la esquina, gritándome que no evada lo que he hecho, que la sobriedad me va a poner en evidencia y resalta lo mal que me veo y lo peor que me voy a ver, cuando el entrenamiento beodo me haga desvanecer su contenido en una

empinada. He estado enganchado a ella, mientras mi cerebro retoza de un lado a otro, con un recuerdo borroso que golpea las paredes de mi cabeza, haciéndome cosquillas en la memoria, pero no aclarándose por completo, y cuando estoy a punto de detenerlo en seco, el inquilino de abajo enciende la radio.

Puedo escuchar una voz balbuceante (para mi poca experticia del francés) de un locutor efusivo, sin embargo, un silencio acusa que se prepara una canción. La esquiva melodía me reta a jugar adivinanzas; cuando canto y yo subo, las notas bajan, cuando me suelto hacia el barítono, las corcheas ven caer mi cuerpo mientras ascienden glamorosas. El golpeteo de la escoba me deja en claro mi poca prolijidad y obligado, tarareo en minúscula, para dar eventualmente con la llave que desbloqueó el recuerdo.

- Bonjour mademoiselle, un verre de ve...-

Pasmado, mi frase se desintegró en medio del ofrecimiento, tal belleza requería de mi cien por ciento de atención; ojos de un azul traslúcido, intimidantes ante la sensación de que tienen la capacidad de leer lo que pienso. Con solo la sonrisa negó mi oferta y en su falta de amargura pude notar que no era de acá. Sentí unos celos encarnados cuando escuché a los demás pronunciar su nombre... pero me pregunté ¿Por qué yo también me lo sé?

Pasó contemplativa, maravillada por los restaurantes y florerías junto a la bella vista del río Sena, dejando a su paso una estela nueva que hasta las flores envidiadas se inclinaban a oler. Ese día fingí ser mozo, entre las distracciones de la confianza europea tomé prestado unos vinos, una copa y un vestón negro, nadie me puso en duda cuando me acercaba con la afable sonrisa, ofreciendo la cata de la añejada cepa de un viñedo, ofertada de inmediato junto la botella a un precio especial. Tres de las cuatro garrafas se habían ido para el

medio día, todo un éxito con el que me daba por pagado, por eso, impávido emprendí el seguimiento de aquella mujer, no importándome si iba a concretar una venta o una cita.

La veía alejarse a una tranquila andanza, abriéndose camino entre los niños que jugaban incautos y los mercaderes con sus propuestas, para de pronto detenerse, finalmente cautivada, frente a un grupo de músicos, tocando el repertorio conocido por los turistas. Todo parecía hecho para ella, las cosas se orquestaban de tal manera que no cabía duda que era la protagonista, hacía brotar monosílabos de asombro con solo estar ahí, moviendo la cabeza al ritmo de "*La vie en rose*" mientras un broche de oro en su cuello, adornado con rosas, se tambaleaba de lado a lado.

En mis raíces se formaba una manía, una obsesión con aquella figura que acababa de conocer, unas ganas incontrolables de acercarme que entre el pensamiento y la acción no demoré en realizar, tanto así que ahí me vi yo, a centímetros de su espalda y ante la mirada atónita de todos los presentes puse mis manos sobre ella, primero recorriendo el aire que rodeaba sus clavículas, tanteando el aura blanca de sus hombros, para luego finalmente tironear de su cadena dorada.

Un movimiento atávico se desata, sus brazos buscan equilibrio mientras yo forcejeo con el delgado tourbillón que, ante mi sorpresa, no se cortó por el primer arrebato, en eso, su mano izquierda clava feroz sus uñas en mis dedos, mientras la derecha toma distancia y busca un objetivo que debilitar, pero cada golpe alimentaba en mí un frenetismo insano, ya no se trataba de un robo, gradualmente era el remordimiento atascado contra el mundo el que mostró sus fauces y se vio representado en ella.

Los hombres que salían del asombro se animaban a pelear, les grité amenazas, frases que me nacían en cualquier idioma, pero que pronto, en mi sádico tono vocal, se tornó universal. Seguía luchando con el ser que hace unos minutos atrás veneraba por su hermosura, cada vez perdía más su ímpetu, mientras su perfume superlativo se inmiscuía en mis neuronas, buscando el recoveco donde se encerró en pánico mi misericordia. Entre aquella lucha externa e interna decidí ponerla contra la reja que daba al río Sena y terminar con esto de una vez. Me puse por encima de ella con el peso de mi cuerpo, maniobrando el ahorcamiento con mis falanges moradas, entre los últimos espasmos de su cuerpo logró, con fuerza atemorizante, darse la vuelta y quedar con la mirada al cielo, automáticamente quité la vista, porque aquella misericordia que su aroma buscaba estaba siendo encontrada y expandida en mí, pero lo hecho, hecho estaba y comprometido continué, deteniendo una inhalación cada vez más débil, hasta que de un momento a otro la clarividencia golpeó seca en mí, más fuerte que cualquier azote de puño.

Bajé mis ojos para encontrar los de ella, a medio camino se juntaron mutuamente, su sonrisa imborrable, que incluso después de toda esta tragedia se mantuvo, la empezó a perder recién, quedó ante mí la piel pálida en que se reflejó mi rostro, esa que en algún momento en voz baja le regaló su pertenencia y un collar de rosas doradas, en el perdió su vida, en el trágico retrato que dejé se fue la mía, al reconfirmar lo que su fragancia me anticipó. Era Elizabeth.

En la barrera del no riesgo

En la barrera del no riesgo,
No hay equivocaciones,
Tampoco victorias,
No hay fracasos,
Solo desilusiones.

En la sala del miedo,
Las paredes son de espuma,
Y en la única ventana de plástico,
Fantaseo ser Truman.

Habr  un trauma bajo el recate,
Una sábana con ojos que me persigue,
Cuando me encuentre cautivo,
 Pagar s mi rescate?

En la barrera del sesgo,
Me digo que hay peligro en todo,
Que es mejor no salir,
Que no queda de otro modo.

En los límites de mi persona,
Hay indagaciones pendientes,
Las llaves de quien me aprisiona,
Son de aquél que tengo en frente.

En la barrera del no riesgo, vi la vida ir.
Moverse hacia la última estación,
Y en mi cárcel sin sentencia,
Me armé de valor para no salir.

De camino, un cruce

Cercano al punto infame,
A la edad malvada,
El tiempo sabiamente,
Nos vuelve a presentar.

No de la forma que prefiero,
Sin un recado que contestar,
Solo la casualidad de mirar,
Y ver en estupor a alguien que quiero.

Y en la sorpresa mutua,
La comprensión precavida,
De que vas de vuelta, yo recién de ida,
Y apenas cabe un saludo entre los dos.

Y una bala pasada,
La muerte de un posible camino,
Tambalea mi vida y mi sino,
Al saber que no queda nada, entre nos.

Retazo

Si no puedo proyectar tu cara,
En el cine de la memoria,
Prefiero no soñar.

Si dormir solo sirviera para descansar,
Me quedaría dibujando,
Pasando de largo hasta dar con tus rasgos.

Porque hay un trazo,
Que me recuerda a tus mejillas,
y en el cenicero la colilla regaló un retazo.
Un atisbo de tus labios,
Quebró el grafito en mil pedazos.

La redescubro y no sé quién es,
El retrato me devuelve el desconocimiento,
Es lo único en común que tengo,
Sin amor, prácticamente en blanco,
Ni un titubeo de sentimientos.

No es la imagen que extraño,
Si la busco en ella solo causaré daño,
Algo me dice que borre todo,
Estoy listo para que seamos solo extraños.

Las dunas de espuma en el té

Hay lugares que quiero visitar,
Y descubrir por mí mismo,
Hacer turismo casual,
Recorrer los abismos.

Parapetado en los pasillos,
Formados naturalmente,
Entretente en tanto,
Con la estalactita prominente.

Quiero las dunas de espuma en el té,
Y unas postales en las tuyas,
Escenas nocturnas y una matinée,
Lluvia de casa, deja que fluya.

Quiero la luna, su luz al chalet,
La niebla acolchando tus piernas desnudas,
Menciones de un nombre que te inventé,
El tatuaje en tu labio y tu espalda que aún brilla.

Licor

Tu nombre en la barra de búsqueda es pecado,
Intento ser santo, pero recaigo a pecador,
Solo por repasar, de a poco,
Tus pecas inventadas,
En tus mejillas blancas y tus labios con licor.

Cuando el sol rebotaba en tus pupilas,
Y la lluvia, el petricor,
¿Pretendes que me olvide?
No guardo resquemor si...

Si solo guardo esquelas,
De amor y no de muerte,
Ojalá verte antes,
Que se invierta lo anterior.

Y leer tu nombre en obituarios,
Sobrepienso el tiempo a diario,
Periódicamente reviso,
Tu nombre en el buscador.

Me doy un par de licencias

Si ni yo mismo me tomo en serio,
No requiero que alguien lo haga por mí,
Ya ni siquiera los considero intentos,
Son divertimentos, frases que nacen y fin.

Si te sirve leer entre líneas, adelante,
Llena el vacío entre oraciones así,
Hasta que sea negra la página blanca,
¿Ya llenaste el espacio en ti?

No diré que no cuando pienses que sí,
Ese es mi favor, ya me lo agradecí,
Para ahorrarte decepciones,
Hay ciertas acciones que preferí reprimir.

Pero cúmpleme un deseo,
Y en voz alta no las menciones,
Si escucho mis palabras en tu boca,
Negaré que eso es lo que quise decir.

XD

Soñé con Dios,
Me contó el sentido de la vida,
No le presté atención,
Lo explicó de manera aburrida.

Le faltaron imágenes,
Careció de emoción,
Alguna presentación novedosa,
Un formato en modo canción.

Algún esfuerzo de producción,
¿Teniendo tanto poder sobre las cosas?
No aprendió nada de la televisión,
Su invento más creativo hasta ahora.

Testamento

Escribo con la conciencia plena y absoluta, junto a mi total aceptación de que este es mi último día. No se trata de padecimientos ni jugarretas, hoy llevo el repentino entendimiento que solo comprenden los necróticos de alma, dejo estas palabras a quién tropiece con ellas, a modo de testamento, la petición de disolver la total memoria de mi existencia, cerciorándose de eliminar cualquier elemento que esté ligado a mi persona de forma directa, incluyendo, en última instancia, este mismo petitorio.

Cada palabra, recuerdo y obra, pido encarecidamente, sea pulida de sus neuronas; cada encuentro, abrazo y mirada, sea arrancada de raíz, o en su defecto, sea embrumado hasta no dejar claridad si se trata de mí o de un pasante de recuerdos. Yo pondré de mi parte mientras pueda, diseccionando caras en las fotos familiares y distorsionando mis dichos registrados, pero la gran parte del trabajo recaerá en ustedes, por lo que recalco la importancia de la pulcritud; tan solo una letra de mi caligrafía o un fonema, podría echar abajo años de avances.

No pretendo dar explicaciones ante el porqué de mis intenciones, los motivos los reservaré el tiempo, la única bóveda que no puedo abatir. Sé que es una labor exhaustiva y extenuante para algunos, como un trámite para otros, pero cuento en que, en su infinita comprensión, den por seguro que este era mi más sincero deseo.

Parca

Me burlaré eternamente de la muerte,
Por lo ridícula que se ve persiguiendo,
A alguien que quiere ser alcanzado.

En el pasado un par de veces rozó mi camisa,
Con el filo de su dedo corazón,
Como esa vez que estuve en cama,
Todo un día, enfermo,
No de cuerpo, sino de razón.

Me sudaban las manos, como a ti,
Por eso te cuesta atraparme tanto,
Y yo que todo lo daría,
Por saber cómo dejar de seguir avanzando,
Dando botes, en las paredes de una vida triste,
Y quién irrevocablemente insiste,
En seguir intentando una vez más.

Y volvía el ciclo,
Un dolor tan clásico a este punto,
Que lo enfrento, tácito,
No me pronuncio al respecto.

Ahora me doy cuenta lo que he escrito,
El palpito rápido no era el mío,
La verdad nunca me sentí perseguido,
Su parca está rajada por detrás.

Boo

Se me hace natural,
Vestirme de fantasma,
La etiqueta Prada espectral,
Ser la brisa fría que pasa por el espaldar.

Cuando te sientes frente a la ventana,
Y veas la avenida empañada,
Será por mi vapor,
Lo haré solo por molestar.

Burlesco de los vivos,
Jalaré tus cortinas,
Jugaré canicas en el ático,
Luego bajaré las escaleras.

Botaré los cuadros en que no aparezco,
Dejando solo mi retrato,
Con la sonrisa maléfica,
Pensarás que siempre planeé algo más.

Contaré tus secretos en las cacofonías,
Traumaré a los chamanes y curas que contrates,
Tironeando sus tabardos,
Vaciare en ellos el agua bendita.

Obsesionado post mortem,
Justiciero a mi manera,
Hijo de puta ad honorem.
Gozar el perder la vida,
Después de la vida.

Sanatorio

Cada cierto tiempo caía en el pecado, revisar el patio del sanatorio escondido tras la celosía de su cuarto, maltrecha por el paso del tiempo y expandida en ciertas zonas para saciar su morbo voyerista en pantalla grande. Encerrado en el quinto piso veía como la vida pasaba abajo en el jardín, un espacio refrescante frente al encierro, intermitente de algunos y el permanente de otros menos afortunados que solo podían mirar, él solo miraba.

A centímetros del acero filoso posaba furtivamente los ojos sobre los convalecientes que conversaban sus dolencias, animosos de la empatía de aquellos que padecían sus mismos malestares, y él solo miraba. A veces a la altura de su trinchera no se escuchaban los diálogos de aquellos en tierra, por lo que tenía que inventarlos en su cabeza, dentro de los más fantasiosos siempre venía un dejo de odio y poca afabilidad, de esa manera no se sentía tan mal con su soledad, aunque sus cuerpos nunca se condecían con su imaginación.

En su sanidad nunca fue vehemente, por lo que no encontraba razones para serlo ahora, siempre dio la vida por sentada como un regalo irrevocable del universo, por eso su estadía aquí para él era una traición, y obstinado, pasaba sus días negado a su destino.

Él entró hace poco, la tuberculosis había hecho su camino, como en todos aquí, pero la tristeza pudo más, así es como rauda, escapa de la ventana cuando lo miran de reojo y en todas sus facultades para poder bajar, hasta el último día, prefirió mirar.

El relojero

Me levanto casi sin sol,
El tiempo no espera y si lo hace lo reparo,
El segundero tiene que clickear al son,
De mi pestañeo involuntario.

Un talento innato que tengo desde joven,
Siento los segundos pesados en mi cuerpo,
A cada minuto un palpito en mi abdomen,
A cada hora un pánico me interviene.

Siento los renglones de Cronos,
Mis acciones comandadas en exactitud,
Nunca he desfigurado el espacio,
Me limito a dibujar nuestra esclavitud.

A las medidas del pasado,
No me puedo permitir,
No recuerdo en donde he estado,
Solo en mi taller me debo regir,
A erigir la exactitud del universo.

Pero en las noches sueño, perverso,
Doblar los barrotes temporales,
Esconderme en un rincón en pausa,
Parar la máquina sin leyes.

Allí rasgo el paño del cosmos,
Hasta que la luz del día me menciona,
Precisa alarma naciente,
Pone su regla, marca presente.

El palpito viene a atacar,
El pánico de la cama me saca,
Prendo hachís,
Miro el espiral de nácar,
Hablo con Fibonacci,
Y todo vuelve a comenzar.

Puer Aeternus

Me quedé corto de dialecto,
La palabra se torna insulsa,
Incapaz de explicar, fuera de tacto,
El mero acto es insulto a la solemnidad.

De aquello a lo que aún siento,
El que no haya sabido expresar,
No quiere decir que miento,
Es algo atávico que desconocía,
En aquel momento.

El niño eterno melancólico,
Que erigió su hogar en la miseria,
Pueril en experiencia,
Negado a dejar de estar estático.

Ayer rompí su piel,
Y sentí el frío verdadero,
Por eso busqué el único calor sincero,
Fuera del plástico que ofrecen los demás.

Veo que llegué en desfase,
La vida no espera a nadie,
Y el amor se filtra como sangre,
Rojo por las grietas de la novedad.

De paso

Solía titubearle en voz baja al caos, que me sorprendiera de alguna forma, y yo curado de espanto, seguro de jugar con fuego, cruzo la calle, solo para caer en la casualidad de toparnos y pasar de largo, para después pensar que ella se veía exactamente igual, a alguien que solía amar.

De blanco

Siempre pensé verte en el altar,
Pero no de la mano de alguien más,
A la distancia escucho un leve "sí",
Sentado a lo lejos,
Comienza el principio del fin.

Vestido de negro,
Sin saber, vine a mi funeral,
Mi palidez combinará más cuando caiga en letargo,
Maldeciré al poeta cuando esto se vuelva realidad.

Me reflejo en el marfil de tu vestido,
No sé si es por el invierno,
Pero como la estatua de hielo, soy frío,
Llora el niño eterno dentro mío.

Que el karaoke me cante lacrimosa,
Manché mi traje con tristeza,
En blanco te ves bien,
Cuando me miras te ves hermosa.

Y ya se me hizo tarde,
Desde temprano,
Cuando las luces bajen y suene el piano,
Yo ya no estaré para verte bailar.

Siempre pensé verte en el altar,
Aunque no sentado desde esta distancia,
Desde acá no puedes ver mi felicidad,
Si te acercas, sola, aparecerá.

La de amor que me faltaba

La dádiva oculta,
Como regalo de abuela,
Traspaso raudo por debajo de la mesa,
Como enseñanza culta,
En tiempos de ignorancia.

Que extravagancia, es mucho para mí,
De no ser de ti, dudaría.
Daría por hecho que es un engaño.
Una vergüenza risueña, recibo lembrança.

¿De verdad van a ser diez años?

El souvenir de la memoria,
Casi cartas de amor,
Que aún guardo en mi estancia,
Vida mía, se vuelca aquí tu esencia,
Solo con ver las danzas,
De mi nombre escrito en tu caligrafía.